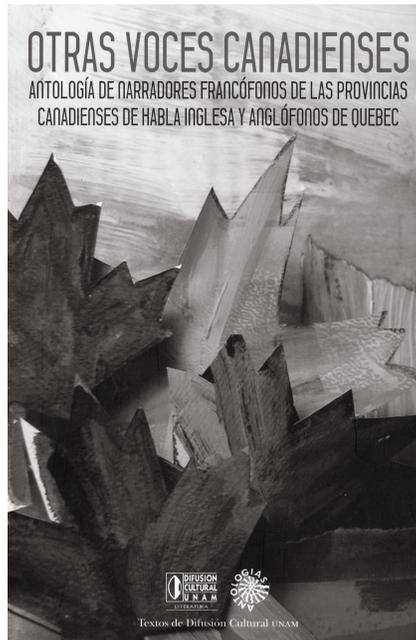


# Otras voces canadienses

## Entrecruzamientos

Mónica Lavín

Que Canadá es un país multicultural, con una historia de la que derivan las dos lenguas oficiales y las tradiciones literarias francófona y anglófona a las que se unen las de las primeras naciones, o grupos originarios, es sabido. Que esa división es apenas una simplificación que no siempre concuerda con el espacio y donde caben muchas otras lenguas y culturas lo pone en evidencia el trabajo de las investigadoras Claudia Lucotti y Laura López Morales, *Otras voces canadienses*, publicado por la Dirección de Literatura de Difusión Cultural de la UNAM (2009). Publicación de la serie Antologías que pone al alcance del lector en español la producción literaria de otras tradiciones. Cada una de las investigadoras, por su lado, ha dedicado su esfuerzo y energía a la traducción, recopilación y estudio de las diversas manifestaciones literarias de la Canadá francófona y de la anglófona: Claudia Lucotti a cargo de *¿Dónde es aquí?* (2002) y Laura López Morales quien tradujo la reunión de cuentos quebequenses a cargo de Gilles Pellerin, *¿Un continente a la deriva?* (2003), ambos publicados en la Colección Tierra Firme del FCE. Llama la atención que estos dos títulos que reúnen voces narrativas en las dos tradiciones literarias del Canadá lleven por título una pregunta. Es tal vez que la interrogante de ¿qué es Canadá? palpita en el centro de todo mosaico que pretende mostrar al país, o a una cara del país. A ese empeño por encontrar respuestas o aproximaciones a través de las ficciones que ofrecen una visión del mundo en corto e intenso, como es propio del cuento, se suma esta nueva colección. López Morales y Lucotti con esta reunión de cuentos en espejo, traducidos y recopilados por cada una de manera que podamos entrar en esa literatura anglófona que se da en la parte



francesa de Canadá y en la literatura quebequense que se da en el territorio anglófono. Es decir, las investigadoras optan por una vertiente original donde los esfuerzos combinados de la lengua, cuya traducción dominan una y otra, fructifica en una propuesta singular y original que expande nuestra noción de lo canadiense (como el cuento de Gabrielle Roy donde la chica, que ha ido al pueblo de Ely a hacer una investigación, reflexiona: “¿Qué es Canadá? Y para empezar ¿hay un Canadá?... Todo mundo se lo pregunta”).

Los textos reunidos en *Otras voces canadienses* representan por lo tanto una literatura marginal por cuanto se da a contraflujo de la cultura y lenguas dominantes de la región desde las que se escriben o producen. Por ello leemos a escritores en lengua francesa de Ottawa, de Manitoba, de Moncton, de Halifax, de Vancouver, de Winnipeg; o a escritores de habla inglesa (algunos estadounidenses) que viven en Montreal, Quebec

u Ottawa. Dividida en dos partes: Cuento corto canadiense en lengua francesa y Cuento corto quebequense en lengua inglesa, la muestra es sugerente, apetitosa, versátil por cuanto el otro (lo otro, la lengua que no es la principal en el texto) está presente como un entramado que comunica o aparta a los personajes; a veces la lengua del lugar, la ajena a los personajes funciona como necesaria, como despectiva, recordando al lector que se anda siempre por esa doble vía cultural y lingüística que marca la percepción del mundo de los personajes, la necesidad muchas veces de saberse lo uno o lo otro o lo uno y lo otro. Como bien anota Laura López Morales en el prólogo que precede a los cuentos, la noción de minoría, reflejada en la condición y temas de los autores reunidos, guarda una estrecha relación con los conceptos de periferia y margen, que se apega a los rasgos esenciales que señala el crítico Vanduycke: numéricamente inferior a la población de la que forma parte, que tenga características lingüísticas, étnicas y religiosas diferentes y una clara voluntad de preservar dichas marcas. Puedo imaginar lo interesante que debió haber sido cosechar los cuentos y trabajar en su traducción; sospecho que la experiencia bajo la tutela de las montañas rocallosas en el Banff Centre for the Arts, donde Lucotti y López Morales participaron en el programa de traducción y pudieron confrontar sus dudas la una con la otra y con los asistentes y directora del programa, fue sin duda enriquecedora e inolvidable. Tanto como lo es ahora la lectura de este manojito de cuentos que nos llevan a través de estilos y miradas por épocas, geografías y dilemas de muy diversa índole, sea el acoso de un vecino en una solitaria cabaña en un lago o el rosario pintado de rojo que las chicas cató-

lica y protestante deben esconder en las raíces de un árbol.

El peso del paisaje en un país tan grande y tan poco poblado, la contundencia del clima y el invierno, el peso de lo físico en este cuentario, sea desde el cuento francés o del inglés, resalta. El lago para nadar se puede volver una amenaza; el mar puede llevarse a los pescadores; puede ser una ola gigante en un puerto donde dos buques chocan, puede ser un boquete negro en el paisaje donde no hay nada entre la estación y el pueblo, o pueden dialogar mar y viento para dar paso al invierno. Los cuentos de narradores de habla inglesa de Quebec son más urbanos que rurales porque Montreal pivotea en el centro de casi todos: hay multitudes que asisten a los fuegos artificiales junto al río, un chofer y una anciana que miran Montreal desde la montaña como si se hubieran escapado de sus vidas (esto es real, se dicen), una escritora va a un bar donde observa a la Norma Jean de sus ficciones. En cambio los cuentos quebequeses en territorio inglés mezclan lo rural y lo urbano: un Halifax de principios del siglo xx, un Vancouver ciudad suave, y las aldeas donde la misa es centro de noticias necesario para el campesino que reconoce la caprichosa humanidad del cura y los dictados de la Iglesia (como en el divertido “Preguntas teológicas” de Jean Louis Major); o puerto pesquero para el encuentro de los novios; o el infiel que se encuentra con la novia de habla inglesa en fiestas y moteles; también el campo es lugar de recreo para quien va de la ciudad a la cabaña en el bosque.

Pero más allá del espacio y su vastedad, del rigor de la nieve y la desolación, los cuentos de *Otras voces canadienses* nos llevan por la doble vía de su procedencia, a través de la intersección de lenguas y costumbres así como por las aristas de la fragilidad y el doblez entre la realidad y la ficción. Pienso en el excepcional “La fiesta de la cruz ofendida” de Trevor Ferguson, donde una llanta ha sido disparada del tráiler de Alphonse y ha abierto un boquete en casa de la anciana Gert. La relación inesperada entre estos dos personajes imposibles de reunir en vida, aferrados a sus rutas o rutinas, que encuentran en el solaz de una escapatoria a la montaña un gusto y una perspectiva que no tenían. Otros boquetes se abren en estos

cuentos como el que ocasiona en Halifax el histórico choque entre dos buques en una bahía de vigilancia donde nunca pasaba nada. Pero el boquete ya estaba abierto antes en “Trágicos fuegos artificiales” de Michèle Matteau, cuando la madre de Marie Ann, deja de llamarla Marie como suele hacerlo para dirigirse a ella en inglés, Ann, sentando así la distancia que con el francés no tenía. Un cuento tremendo en cuanto al destino que sella la pobreza y que acaba de sellar el accidente naviero. En “Pelo de gata” de Maurice Henrie, el protagonista Gérard Courtemanche, que enamora a Kate, deberá presentarse como Gerry Shortsleeve ante el grupo de angloparlantes que finalmente no lo aprobará aunque en la muda de nombre a uno ridículo (por más que signifiquen lo mismo) haya menospreciado su origen. Los amigos de Kate llaman “Frenchie” a su reciente novio, recalando su desprecio. Las palabras de la “otra” lengua insertas en la narración acentuarán las paradojas de esta doble marginación que significaría ser francés (que ya es minoría) en territorio anglo. En “El poder” de Rachel Renaud, a la joven le duele la poesía en inglés que alguna vez disfrutó pero que el desamor permanente la ha orillado a despreciar. Interesante paradoja por cuanto en inglés, la joven *québécoise*, sentía mejor reflejada su disposición emocional. Y será preciso que los personajes de “Burro andado” de Gail Scott transiten del inglés al francés y viceversa con expresa habilidad mientras Lydia registra ese mundo ambiguo, su mundo doble de una Marilyn que es Norma Jean, de una mujer que desea mujeres, de una angloparlante que intenta asimilarse al bar hablando en francés. La madre de los niños en “Agua sin luz” de Robyn Sarah sentirá extrañeza y extranjería en ese espectáculo colectivo frente al agua del río San Lorenzo en Montreal donde su marido ha ido a trabajar en el periódico inglés.

La religión tendrá un peso importante en muchos de estos cuentos donde la tradición católica resulta orgánica o natural a los franceses en el territorio donde estén. Sea para que los hijos reciban educación de las monjas, para que los parroquianos acaten las disposiciones de la Iglesia en Roma, para que las chicas se pregunten dónde está el infierno, para que la señora Gert localice

la imagen de la Señora del Puerto y Alphonse se sepa merecedor del castigo que tocó a Flavert por quemar los pies del pequeño Jesús o para que una amiga enseñe a la otra los rezos que se acompañan con las cuentas de un rosario encontrado por casualidad en el lago. La religión y sus dudas, las culpas y los objetos (fetiches desde el lado protestante) serán sostén, centro o motivo de desencuentro entre los personajes de estos cuentos que proceden de una u otra tradición pero que habitan la intersección de las mismas. Es ese cruce de caminos lo que hace particularmente rica la experiencia de lectura de estos cuentos.

Una antología es una ruta de viaje, una propuesta para leer un mundo, para tomarle el pulso a un país y retomar esa inagotable pregunta: ¿Qué es Canadá? El trabajo de Claudia Lucotti y Laura López Morales nos ofrece una lupa distinta y singular para abordar la complejidad cultural de un país con dos tradiciones literarias poderosas que ha ido bordando la propia para que lo Canadiense sea lo anglófono, lo francófono (en el orden que se quiera) y la interacción de ambos, y las posibilidades que puedan darse de la expresión de grupos de inmigrantes como ucranianos, griegos, indios y desde luego el de las primeras naciones que ha buscado el reconocimiento de su identidad. Sin duda el cuento muy curioso titulado “Por qué las ardillas de Ottawa son negras” de Daniel Poliquin —una suerte de parábola imposible— resume, a través del discurso de una rata que propone que las ratas negras se disfracen de ardillas para que poco a poco por entrecruzamientos y mutaciones se vuelvan esos animales tolerados y amados, la idea de la pérdida de la identidad como estrategia de supervivencia. La incomodidad de la diferencia subyace en muchos de estos cuentos, pero la existencia de los mismos subraya la supervivencia de la diferencia, la heterogeneidad como riqueza cultural. Las voces que nos han acercado Lucotti y López Morales les ha valido el reconocimiento del gobierno canadiense por su trabajo alrededor de la difusión de la literatura canadiense en México. **U**

*Otras voces canadienses, Antología de narradores francófonos de las provincias canadienses de habla inglesa y anglófonos de Quebec, Dirección de Literatura / UNAM, México, 2009, 312 pp.*